

PRÓLOGO

La primera palabra que me vino a la mente cuando conocí a César Cortijo fue elegancia. Una elegancia discreta y no me sorprendió que en su libro *Poemas Españoles* ese savoir faire estuviera presente en cada línea. La duda de si era innata o llegó con el tiempo se disipó al leer *Tenor*, poemas de juventud con un lenguaje razonablemente distinto pero con la indeleble huella de esa elegancia siempre presente. César Cortijo es un poeta elegante, con un concepto de ello más cercano a la retención de Juan Ramón Jiménez que a la brillantez de Bécquer, por citar sólo dos nombres.

Cortijo demuestra en las distancias cortas que es exactamente lo que parece: un hombre de amplias miras, capaz de escuchar y comprender incluso cuando no está de acuerdo con las opiniones ajenas. Un hombre del Renacimiento Contemporáneo. Tal vez la clase de artista que necesita el siglo XXI.

Pero hablemos de su obra. Como he citado antes, he tenido ocasión de disfrutar la lectura de dos de sus poemarios anteriores. Desde *Tenor*, esa meditada recuperación de unos muy potentes poemas juveniles hasta el contenido plural y universalista de *Poemas Españoles*, se hace patente la forma casi oblicua de su narrativa poética. Esa manera de dejar fluir una idea y luego una línea totalmente divergente y una imagen que parece no venir al caso y, de pronto, esa palabra casi inocente (nada en Cortijo es totalmente inocente), ese verso sin aparente razón, cataliza el resto. Súbitamente, todo aquello que parecía frágil, deshilvanado e incluso caótico, se funde en un todo sólido y poderoso en el que nada sobra

y nada falta y eleva la poética del mensaje a sus más altas cimas. Algo que no está al alcance de cualquiera.

Tal vez –y sólo tal vez- entre el lenguaje elíptico y el quehacer medurado que apenas se apunta en *Tenor* y el que aflora munificente en *Poemas Españoles*, faltare la obra explosiva, esa que todo autor hace en algún momento, la que lleva el marchamo de la urgencia personal y creativa, el áureo valor de lo espontáneo. Ese libro también está en el bagaje de Cortijo y ahora en las manos del lector. Su título es *La silla eléctrica*, del que no deseo indicar caminos ya que todo sendero, como bien indicara Borges, es personal e íntimo y nadie da los mismos pasos sobre la misma tierra, pero sí me tomaré la libertad de esbozar algunos trazos acerca de su naturaleza.

Los buenos poetas suelen hacer las cosas con firmeza pero con mesurada y afilada intención. Hay en *La silla eléctrica* múltiples momentos de los que señalo únicamente algunos que me parecen más afines a la humilde intención de estas líneas. Desde la finura en el muy importante orden de las palabras en ese verso del poema XI, convirtiendo el mero atractivo sexual casi en una comunión anímica con “Regresas desnuda y vestida hacia mí” hasta la declaración en XXVI “No hubiera importado morir / después del poema”, reforzada por la aserción de un hecho tal vez probable y tal vez asumido “Y te acobarda el arte de conocer” (el arte de conocer... qué gran definición), hay un territorio en el que el poeta deja pocas probabilidades de ocultarse uno a sí mismo y aún menos resquicios por los que escapar.

He comentado antes que nada en Cortijo es totalmente inocente y ello es evidente cuando destaca de muy acertado modo en LII lo que es o lo que sucede (que probablemente sea parecido) en Madrid con “Y esa naturaleza parece triunfar y doblegar / la noble resistencia de los hombres”, o “Las barriadas que se esconden en la distancia / y las demasiadas emergencias que no se oyen”; emergencias médicas y personales que a alguien como yo, que pasó su infancia saliendo y entrando de los quirófanos de la Cruz Roja de Barcelona, le retrotrae a la esencia misma de la poesía. Pero en este poema universal por

lo cercano –como diría Unamuno- aún hay lugar para el amor de juventud plasmado en las cortezas adultas de los árboles y las tiernas de los adolescentes, así como el reencuentro con el tiempo pasado “*Allí sigue el algarrobo plagado / de oscuras navajas curvas*”. Y cuando se percibe en toda su magnitud que *La silla eléctrica* no confraterniza ni con poses delicadas ni con fingimientos de escaparate y pasarela, se llega a los dos versos que constituyen la mayor declaración personal de Cortijo y que él tiene el buen tino y la valentía de escribir, justo al final del poema LIV, un colofón en que vierte el compendio de la obra entera y de su persona poética y humana: “*No sé qué será cuando muramos / Y eso es realmente lo único que importa*”.

En este punto, me limitaré a decir que estos versos aúnan el estallido de aquellos 18 años con la fuerza madura (que es mucha) del poeta adulto. *La silla eléctrica* se escribió en unos pocos días, proceso creativo para el cual se requiere experiencia, oficio y talento. Reaparecen aquí los árboles, las catedrales y los sótanos, los edificios reales como el Hospital Gómez Ulla, cercanías e interioridades de Madrid, las tomas de postura y los personajes que lo representan (oh, ese Quijote, ese Quijano) y, sin aspavientos, la realidad y la ficción y el amor y el desamor y el recuerdo y el olvido y toda la materia de que la vida está construida. Es un libro que, como todos los buenos libros, obliga a la complicidad y a la implicación. Yo no pude sustraerme a ninguna de las dos cosas y propongo a la mirada lectora que este poemario se lea primero, se relea después y se paladee siempre porque es un gran libro escrito por César Cortijo, un poeta grande y elegante.

Javier Díaz Guinot, octubre 2018

*Esa tendencia a sentarse y a seguir sentado,
que es quizá la raíz de la vocación literaria*

Salvador de Madariaga

I

No sé dónde estarán tus restos aislados,
Tu aislado mundo, nieblas que trae el mar
Tapando la isla.
En qué catedral se custodia como escondido muro,
Como obra vieja.

Una catedral es una palmera.
Ya es una iglesia una polea.
Fueron invisibles los poemas, subir
A una escalera o tañer la campana de la fama.
Las islas se separan e imperceptiblemente
El tiempo se nos va.
A qué postrarse ni dónde, si no estás.
Nunca has estado
Como la niebla que la isla ciega.
Yo te rezo como sé,
Como si comiera un plátano del monocultivo.
Largos años deseaste morir o vivir sin fortuna
Pensando solo en tus exequias.
Nadie se disputa tus cenizas
Ni pelean por el poema.
Sin amigos y sin familia has muerto.
Todavía me gusta ser tu último eco,
El más póstumo.
Soy rogándote que escuches,
El más secreto, pidiéndote que seas
Inmortal.

II

Entrar al mar temprano,
Bañarse pronto,
Tocar sus dedos de piano,
Escribir el océano,
Así me querrás de nuevo
Como a un poeta reciclado
En filósofo.

Nunca el invierno – entrar al mar –
Desnudo sin otra esperanza,
Los barcos se fueron,
Sus luces no importan,
Así serás dichosa,
Descalza en los mosaicos.

No se oye la lira,
Pues eso ya somos nosotros,
Dos o tres cuerdas
En la boca muerdes
Y encuentras la hora feliz
En el inmenso estruendo de su bóveda.

III

¿De dónde nace este poema?
¿Por qué lugar vuelve?
Si nada ha cambiado alrededor,
Un McAuto, un niño triste y un cajero.
¿Con qué deseo?
¿Cuándo fue su invocación
Desfigurando al amigo del poeta?

Todo fue buscarle tarde
Cuando ya no había duda.
Elegió el mar de una costa atlántica
Donde no existe el tiempo
Y por tanto nunca se muere.

Soy completamente feliz al escribiros,
A ti, fama del poeta desaparecido
Y a ti, amor, dama de fama.
Nace el deseo tensándome,
Hablando solo
Como al mar se entra.

IV

Es tu paraíso cercano
Entre la gente extraña,
Es sobre todo en la mente
Donde renace la palmera
Y la piña nunca muere.
Vuelve la tinta al horno prehistórico.
Deseo de gritar a los instantes.

Tiene mi lengua tu cera,
Tu animada sombra dulce
Y las cañas que beben del idioma.

Ya no destruyo las pulseras de papel
Que nos dan en el interludio.
Siento la vida
En el susurro de los nombres,
Poemas de amor y de memoria.
Es un resort
Pero de miel transido.